

El fin de un sueño

Araceli Damián*

La posibilidad de mantener o ampliar el Estado de Bienestar en el mundo se ve cada vez más lejana, debido a que la respuesta del capital ante las dificultades que enfrenta el sistema económico ha sido reducir los beneficios sociales de los trabajadores y sus familias.

Ante la galopante derechización de las izquierdas “modernas” y el debilitamiento de sindicatos y de la democracia en todo el mundo, este proceso difícilmente puede ser frenado. La falta de solución a los problemas que enfrentan los trabajadores y sus familias se conjuga con el bloqueo de los mecanismos formales para la resolución de conflictos, por ello diversos grupos han recurrido a un sinnúmero de manifestaciones y protestas en todas partes del mundo, pero los logros han sido escasos, si no es que nulos.

En muchos casos se ha impuesto la derecha de manera apabullante. En Estados Unidos se han restringido los derechos laborales de los trabajadores gubernamentales y se ha debilitado tremendamente al de por sí raquítico sindicalismo norteamericano, todo ello a pesar de las multitudinarias protestas de trabajadores en Wisconsin y en otras ciudades norteamericanas (Indiana, Ohio, Iowa, Michigan y Florida).

En el mundo árabe se desataron una serie de protestas en Tunes, Egipto, Yemen, Jordania, Libia, Siria, etc. a raíz de que un vendedor ambulante de una ciudad tunecina se prendiera fuego ante la frustración de su situación. Este acto mostraba ya la decadencia en que se encuentra la clase trabajadora, lo cual se acentúa con el alza de los precios de los alimentos.

No pocos se ilusionaron con una posible revolución de los trabajadores después de las multitudinarias protestas en el mundo árabe, pero lo más que han conseguido es derrocar a algunos jefes autócratas incómodos, sacrificados por los dueños del dinero a fin de preservar una imagen de “defensa” de los principios democráticos. En algunos países, como Egipto, los trabajadores lograron un sueño, derrocar a Mubarak, pero continúan con salarios de hambre.

Lo mismo ha sucedido con la protestas de trabajadores en Grecia, donde al igual que en los países árabes la fuerza pública ha sido utilizada para controlar las manifestaciones, lo que ha resultado en encarcelamientos y pérdidas de vidas humanas. A pesar de ello las reformas estructurales exigidas por los dueños del dinero siguen adelante. Las medidas tomadas por los gobernantes de las grandes potencias muestran que son fieles defensores de los intereses del capital financiero europeo, más que de los de su población.

En España, Zapatero olvida a quién representa e impone medidas dictadas por los dueños del dinero. Si bien los jóvenes muestran espontáneamente su repudio manifestándose en varias ciudades españolas, las elecciones locales son ganadas por la derecha como muestra de lo que sucederá en la siguiente elección nacional. En el Reino Unido la derecha retoma el poder después de la crisis, e inmediatamente toma medidas que afectan el bienestar de la población. Entre las más emblemáticas se encuentra el alza del pago de las cuotas para estudios universitarios. A pesar de las protestas de los jóvenes la medida se consumó. En Chile también gana la derecha y los estudiantes luchan contra el alza del pago de colegiaturas y por la educación universitaria gratuita; en respuesta el gobierno los reprime.

El capital financiero y las grandes empresas han aprendido a imponer gobernantes afines, que aun cuando triunfen con bandera de izquierda se encargan de adelgazar el de por sí raquítico estado de bienestar en el mundo. Ya ni siquiera los europeos pueden sentirse orgullosos de tener gobiernos que frenen la “carrera hacia abajo” en materia de política social, como lo hicieron en la década de los noventa: la eliminación paulatina de los derechos laborales y sociales es ya universal.

El proceso de globalización y la automatización modificó la correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo, en favor del primero; se debilitaron las instituciones democráticas y las fuerzas internas que apoyaron el objetivo universalista y solidario de las políticas sociales; han desaparecido casi por completo los mecanismos de control y de rendición de cuentas en las empresas y dejan mucho que desear los que intentan supervisar a gobiernos.

Contar con la cobertura de una seguridad social digna es un derecho humano fundamental, algo que a las cúpulas empresariales importa muy poco. La globalización les permite mover sus inversiones ahí donde más provecho pueden obtener, donde los salarios y prestaciones se congelan o se reducen; en cambio los trabajadores se quedan atados a su tierra o viven como parias ilegales en países ajenos soportando condiciones laborales deplorables sin que existe nadie que los defienda.

Se acabó el sueño de los trabajadores: sus hijos no vivirán en un mundo mejor, no tendrán mayor educación ni recibirán salarios más justos. Los derechos civiles también han sido pisoteados, siendo el mejor ejemplo la Ley Patriota de los Estados Unidos.

*Profesora-Investigadora, El Colegio de México

www.aracelidamian.org